

X ALFREDO PEREZ GUERRERO

X EL APOSTOLADO DEL PERIODISMO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

EL APOSTOLADO DEL PERIODISMO

Hace cerca de doscientos años ambulaba por las calles de Quito, un hombre de tez cobriza, de rasgos duros como tallados en la piedra de los Andes, de ojos penetrantes, con un libro bajo el brazo y con un puñado de ideas extrañas en el alma. En vez del libro, a veces, protegido por las sombras de la noche, llevaba pambletos y hojas impresas de acerba crítica contra respetables oidores, regidores y prelados, panfletos que fijaba diestra y furtivamente en las paredes de la urbe. Era hijo de Luis Chushig, un indio que cambió de nombre con el de Luis de la Cruz Espejo, y de una mulata. Se llamó por su propio querer, Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Vivía en una sociedad en la cual el color de la piel, la descendencia española y los títulos nobiliarios daban derecho a consideraciones y riquezas. Mestizo y de la ínfima clase oprimida fue este ecuatoriano, quizá el más claro y alto símbolo de las virtudes de la Patria, doctor en Medicina, conocedor de toda la ciencia del siglo XVIII, experto en el derecho civil y canónico, en teología y literatura. Fue un autodidacta, cuya erudición, en medio de tan estrecho y opaco, asombra y desconcierta.

Aparte de eso, con ser tanto, fue escritor y orden de acción. Trazó los rumbos que habían de llevar a esa cumbre, llamada el 10 de Agosto de 1809. Poseyó la virtud de pensar honda y claramente para construir los ideales que habían de ser los del Ecuador y de América. Y fue capaz de luchar y de morir por ellos y de poner en esa lucha, ardor, pasión y férrea voluntad.

Este hombre de altisonantes apellidos inventados, de cuna humilde, de sabiduría cabal, pasaba días tras días por las antiguas y estrechas calles de esta Ciudad, provocando la curiosidad, la aversión o la simpatía de sus vecinos, y llevando dentro de sí una antorcha que de vez en cuando fulguraba a través de los hundidos ojos.

Tenía la pasión de la controversia y la discusión. Sus obras científicas, sus discursos, sus artículos, son de discusión fervorosa. Sin embargo, le era precisa la cautela en el hablar y en el escribir, para demorar un tiempo la intervención ineludible de las autoridades españolas que al fin no lo toleraron más, a pesar de su amistad con personas aristocráticas, y lo redujeron a prisión, a enfermedad y a muerte.

Espejo es el primer periodista de América. El primero en el tiempo; el primero en el valor; el primero en la sabiduría y en la acción. Su obra es de periodista, en lo substancial: en el afán de informar a sus conciudadanos; en el sembrar de la cultura; en su lucha por la libertad y la justicia; en el coraje y el valor para mantener en medio de la persecución, del destierro y del presidio, enhiesta y alta, la bandera de sus ideales; en el saber interpretar y traducir fielmente los anhelos, dolores y esperanzas de su pueblo.

Tuvo él, además, las características que habían de servir de ejemplo y paradigma para los periodistas mayores del Ecuador: la soledad, la universalidad, el sacrificio. Su periódico "Primicias de la Cultura de Quito", es hecho íntegramente por él, y se propone cultivar el buen gusto literario, moralizar las costumbres, dar normas para la enseñanza de los niños, dictar principios de Medicina, y hasta lecciones de Teología y de Filosofía.

Solitario y universal fue, asimismo, otro periodista mayor, Pedro Moncayo, a quien Plutarco habría colocado en sus páginas, por su probidad, por su valor y por su sabiduría. Su periódico, "El Quiteño Libre" fue antorcha de rebeldía en la epopeya de la libertad ecuatoriana.

Así fue también, universal y solitario, el periodista ambateño, Montalvo, gloria del Ecuador y de América, más que por sus obras literarias, por su tenacidad de luchador contra la tiranía y la opresión. Enhiesto, altivo y solo llevó a todas partes su pluma como bandera, como espada y como látigo; bandera de libertad y de justicia; espada para herir y abrir a los despotas; látigo, para azotar en la cara de los píqueros, que procuraban ocultar detrás de la quincalla y del oropel, su cobardía, su insignificancia y su bajeza. Lleno de soledad y de amargura en Ambato, en Ipiales y en París, acompañado en todas partes por la necesidad y la pobreza, insultado, odiado o incomprendido, sin más consuelo ni refugio que las páginas de los libros que leyó y amó, mantuvo alta la frente, aureolada por la cabellera endrina, alta su dignidad de hombre insobornable e indoblegable, y pronta la palabra surgida de las brasas de fuego de su amor y de cólera. Periodista fue él, con su "cosmopolita", que contiene las más puras lecciones de libertad y de civismo, periodista con "Catilinarias", en las cuales el insulto, la ira, y la imprecación llegan a cumbres afiladas como picotas para infamar a malandrines y delincuentes; periodista en la suavidad y belleza "El Regenerador", y en la explosión implacable y ruda del "Mercurial Eclesiástica". Periodista, antes que literato; periodista, antes que el inimitable imitador de Cervantes; periodista, antes que el eruditó, el moralista, el filósofo y el cultor de la belleza y el heroísmo de los "Siete Tratados".

Murió pobre, lejos de su Patria. Se vistió de etiqueta para recibir la visita de la Dama Sombria. Creyó como Bolívar haber arado en el mar. Pero no fue así. Su voz sigue resonando y creciendo.. Cálida la sangre de nuestras venas, es acción en nuestras manos, así como fue acción en las manos de Alfaro. Su enseñanza de civismo, de sinceridad, de democracia, es enseñanza perdurable. Da fuerza y vigor a nuestra generación, para seguir defendiendo todo aquello que es substancia y vida de la Patria. Vive aún Montalvo y vivirá por mucho tiempo y seguirá siendo un centinela armado con la espada de su genio, para impedir que esta tierra nuestra sea presa de sistemas que pretendan cortar nuestra marcha hacia cumbres cada vez más altas de libertad humana, de igualdad entre los hombres, de Justicia para todos.

Casi toda grandeza intelectual o moral en este pequeño País nuestro, ha pertenecido a la hermandad y orden de caballería del periodismo, y casi todos los grandes periodistas han ejercido su apostolado en pobreza, soledad y persecución. Así Valverde y Proaño; así Calle, el de las "Charlas" famosas, de pluma fácil e incansable, cuya memoria, erudición y talento fueron extraordinarios, y que vivió y murió en el abandono, la miseria y la persecución de los poderosos.

Tal es la tradición del periodismo ecuatoriano y tales son sus características. Contradice al sentido utilitario y egoista de la vida el que tantos hombres extraordinarios hayan preferido seguir una vía crucis de amargura y soledad, en vez de los anchos caminos de la riqueza, del poderío, de los cargos públicos bien remunerados, del éxito económico y político tan fáciles de obtener mediante sus grandes, dotes intelectuales. Asombra que hombres del a talla de Espejo, de Montalvo, de Valverde, de Moncayo, hayan subordinado sus afanes de gloria literaria a científica, al afán de luchar por la libertad y por la rendición de su pueblo. Pero el asombro desaparece cuando apreciamos esa lucha no con los criterios sanchescos del sentido común, sino en el alto plano de los intereses de un pueblo que había que educar para las grandes tareas que le corresponden en América. Porque es necesario afirmar que han sido esos hombres y otros como ellos los que han hecho surgir a la luz y al viento de la vida las semillas escondidas en la entraña fecunda de la Patria, semillas regadas por las primitivas tribus aborígenes y luego por España, y que germinaron lentamente en el silencio y obsuridad de la Colonia, para emerger en los días de la Independencia y para crecer en más de cien años de vida republicana.

Luego, pasó el tiempo. Creció la República en prosperidad, en democracia y en cultura. Los ideales enarbolados en los estandartes de los panfletos, las revistas y los periódicos ocasionales por los mártires y precursores del periodismo, encendieron el coraje de los luchadores de la libertad en los campos de batalla, y se encausaron en las normas constitucionales de libertad de pensamiento, de palabra escrita o hablada, de asociación, de trabajo, que son como la sangre y el oxígeno de nuestras vidas y que garantizan nuestra dignidad de ciudadanos y de hombres.

Los periódicos y revistas se multiplicaron, y podemos hoy enorgullecernos de poseer en Quito y Guayaquil y en otros lugares del País, grandes diarios, tan importantes, como los mejores de América Hispana. El periodismo requiere ahora crecidas inversiones económicas, y técnicas especializadas y sutiles. Es menester disponer de profesionales para la noticia, para el comentario, para la difusión de los adelantos científicos y culturales, para el arreglo y equilibrio de cada página y de cada número de diario que sale al público. Consecuentemente, el poderío y el influjo de la prensa se ha acrecentado. Ha venido en el Cuarto Poder del Estado, junto a los poderes tradicionales, y ya no es posible, sin graves peligros para el gobernante, amordazar la voz de esos órganos de la opinión pública. Ya no se puede simplemente aprisionar o desterrar, como antes, al periodista, guerrillero aislado, que luchaba solo sin más escudo ni arma que su fe y su coraje, y cuyos triunfos habían de reconocerse solamente después de su muerte. Ahora la fuerza, el tamaño, el influjo del periodismo son inmensos, y de la misma índole, por lo tanto, es su responsabilidad. Porque toda grandeza y toda fuerza es, a la vez, responsabilidad, o, en caso contrario, es fuerza sin control ni guía, que termina en anarquía y en caos.

El periodismo es responsabilidad y es menester fijar claramente esa responsabilidad. Ella, ante todo, deviene de su función histórica que brevemente queda señalada. Los grandes periodistas estuvieron al servicio de la causa de la Patria y al servicio de su libertad y su progreso. Ellos demolieron con la piqueta de su pluma las bastillas de la tiranía, de la explotación del hombre, de la inquisición de las conciencias, de la ignorancia y de la mentira. Y, sobre las ruinas, levantaron los cimientos de una Patria de libertad, de verdad y de justicia. Tal es ahora y siempre la responsabilidad del periodismo y de los periodistas, responsabilidad a la cual deben quedar subordinados los otros propósitos y los otros intereses económicos, personales o políticos.

Sólo que el periodismo ha salido ya del recinto del País y se ha ido por los caminos de América y del Mundo. Y es que la Patria de

ahora, la nuestra y las otras, no se agota ni termina en los linderos de las cartas geográficas, sino que se extiende dentro de los lares vecinos y los desborda para seguir hasta llenar el Continente y más allá, a través de los mares, hacia pueblos tan distantes y tan desconocidos otrora, y que hoy forman parte de nuestro destino.

Responsabilidad ante la Patria, responsabilidad ante América, responsabilidad ante el mundo. Así de ancha y de grande es la que incumbe al periodismo.

No obstante, los propósitos y las finalidades son los mismos de antes: la defensa de la libertad y la dignidad del hombre; la defensa de las instituciones democráticas creadas para mantener esa libertad y esa dignidad; la defensa de la cultura como patrimonio de todos y no sólo de un grupo privilegiado, encerrado en su torre de marfil; la información veraz, oportuna y amplia de lo que ocurre en el País y en el mundo. Para eso, principalmente para eso, han de servir las grandes rotativas, las empresas editoriales millonarias, los medios modernos de radio, televisión y otros que difunden instantáneamente la palabra por todos los rincones del orbe, y la ilustración y preparación técnica de quienes ejercen el oficio, la profesión y el apostolado del periodismo.

Vivimos en un mundo confuso y desorientado. Nos hallamos en un laberinto, y la humanidad no encuentra su camino. Están cediendo y desmoronándose los cimientos de la civilización que tan difficilmente crearon las generaciones del pasado. Los axiomas de ayer se han tornado en los problemas de hoy y como en el poema inmortal, nos atormenta "no saber a donde vamos ni de donde venimos".

Los hombres y los pueblos requieren un sentido y un plan para sus vidas. Pertenece a la esencia del espíritu, poner fe en ese sentido y en ese plan. Cuando la fe termina, hombres y pueblos se hunden en una sima de amarguras y caos, y resurgen las fuerzas ciegas del instinto y del odio.

Tiempos confusos y difíciles en los cuales la técnica está aplastando y esterilizando el espíritu, y en que el siniestro resplandor de la bomba de hidrógeno oculta y borra las estrellas que eran guía en nuestro mar de navegantes. Las ventanas abiertas a la luz y al aire, van cerrándose una tras otra, y nos envuelve la lobreguez y la asfixia. Las palabras de los dirigentes políticos son casi siempre de desafío, de burla y le amenaza, y, como en las hordas primitivas, nos miramos unos a otros con los puños alzados empuñando, ya no el hacha de piedra o el garrote, sino las nuevas y perfeccionadas armas de destrucción en masa.

Algo hay que hacer para que el hombre vuelva a encontrar el sabor de la vida, a recobrar la dulzura de la sonrisa, a anudar los lazos rotos de los hilos invisibles que unían a las almas. Algo hay que hacer y es esa la tarea más urgente de esta hora. Ha de ser cumplida por los hombres de buena voluntad, y entre ellos por quienes, por tradición, han defendido la causa de la verdad, y de la cultura, y han llevado esa causa al corazón y al pensamiento de los pueblos. Es menester, hoy más que nunca, organizar y dirigir una nueva cruzada para rescatar el tesoro de las esencias del hombre, cautivo hoy del poder de la mentira, del odio y de la tiranía. Noble empresa para maestros y para apóstoles: noble empresa para el periodista que une las virtudes del apóstol y del maestro.

Señores periodistas:

Recibid el cordial saludo de la Universidad Central del Ecuador. Habéis llegado aquí procedentes de vuestras patrias que son, como he procurado demostraros, también patrias nuestras, porque integráis con nosotros una comunidad de tradición, de raza, de idioma, cuyos sufrimientos, promesas y esperanzas son semejantes, así como semejante es su destino y la función que le asigna la historia en la aventura formidable de un mundo de paz y de justicia.

Habéis llegado a un hogar que mantiene encendida la llama de fe en el espíritu y en la libertad, y que la mantiene no solamente hace poco tiempo, sino desde hace casi dos siglos. Porque de la Colonia y de esta Universidad fue ese hombre de ojos buídos y de tez oscura que, como os refería, escribió las "Primicias de la Cultura de Quito". Y desde entonces y siempre, la Universidad ha enseñado, con la Teología y con la Medicina, con el Derecho o con las técnicas de estos tiempos, las grandes lecciones de la rebeldía, de la democracia y de la cultura.

Sed bien venidos a esta casa. Es la vuestra. En los breves días que siguen nos narraréis también las aventuras y desventuras de vuestros periodistas, y, junto con nosotros, trazaréis los rumbos y señalaréis las metas de vuestra acción y de vuestro anhelo. Que sean facundas y nobles vuestras deliberaciones y vuestras conclusiones! Que os inspiren las lecciones de los periodistas de ayer. Que sea acicate y estimulo el pensar que sois la vanguardia de los que queremos un mundo mejor, y el saber que lleváis, real aunque invisible, la bandera de la esperanza y de la libertad del mundo.

La Universidad se enorgullece de haber sido elegida como Sede de esta reunión, y agradece a UNESCO, ese magno organismo creado para difundir educación, la ciencia y la cultura, por su iniciativa para que estas jornadas tengan el éxito que todos esperamos.

Para lograrlo, ha habido la cooperación del Gobierno Nacional y, de manera especial, del Ministerio de Relaciones Exteriores; de numerosas entidades oficiales y privadas; de la prensa extranjera y nacional; y, de manera particular ha sido posible contar con el talento, la experiencia y el alto espíritu de ecuatorianidad del doctor Miguel Albornoz, distinguido funcionario de la Organización de Naciones Unidas. La Universidad Central ha aportado su contingente material y espiritual sin restricciones. Los organismos internacionales propiciadores de esta reunión de trascendencia americana, pueden contar con lo que podemos ofrecer nosotros hombres universitarios: la lealtad a la libertad, la devoción por la cultura, la fe en que solamente la educación y la verdad pueden salvar al hombre.

La Universidad mantiene desde hace algunos años, una Escuela de Periodismo. La creó como homenaje y reconocimiento a lo que representa el periodismo como instrumento de cultura y de libertad. Tiene para nosotros y para nuestra Patria, un sentido de distinción invaluable, el que se forme aquí un Centro de formación de periodistas semejante al que existe en Estrasburgo, centro que pueda recoger las experiencias y enseñanzas del mundo moderno, para enriquecer el pensamiento y la acción de quienes imparten la docencia del periodismo. Alega el Ecuador como ejecutorias y títulos para recibir tan alto honor las páginas gloriosas de sus grandes periodistas de ayer y de hoy, y alega especialmente el haber sido la cuna del ilustre precursor del periodismo, sacerdote y mártir de él, Eugenio de Santa Cruz y Espejo.